

interés común, recobren su vigor las fuerzas retrógradas que fueron vencidas en el origen del separatismo por las concepciones liberales, y en los debates internos por el sufragio universal.

Nadie podrá tacharme de antipatriota. Por defender el principio de patria y las bases que creo indispensables para su perdurabilidad, recorrí el Continente y me distancié en la Argentina del partido que sintetiza mis ideales. Mi socialismo fué siempre moderado y nacionalista. Pero entiendo que nada puede ser tan nocivo para el progreso de nuestras repúblicas como los gobiernos de sorpresa y las hegemonías marciales erigidas en tribunal dosificador de la libertad.

No hay que dejarse impresionar por los fenómenos que se han desarrollado en dos penínsulas del Mediterráneo. Lejos de tener ellos una significación mundial, carecen, en realidad, hasta de sentido europeo.

Las clases conservadoras de Italia y de España lograron rejuvenecer sus doctrinas con ayuda de una paradoja; pero si triunfó transitoriamente el ardid de política local, no se comunicó el sistema a las naciones vecinas. Francia, Inglaterra, Alemania, siguen fieles a los principios democráticos, subrayando la anomalía de que mientras los ejércitos más poderosos se encierran en su papel de defensores de la nación, sean los partidarios civiles del cesarismo los que se afanen por sacar de la guerra reciente una falsa conclusión.

Nuestra América ha de extraer de sí misma la vida espontánea y nueva a que la obliga su juventud.

Pero si juzgamos indispensable buscar modelos, no detengamos los ojos en las monarquías declinantes, que recurren a clásicas reacciones. Imitemos, más bien, a Francia, donde está gobernando una coalición de fuerzas tendidas hacia el progreso; imitemos a Inglaterra, que mantiene el juego normal de los partidos; imitemos a Alemania, que apesar de todas las dificultades, tiene el oído atento a la voluntad popular; imitemos, en fin, a la triunfante América del Norte, donde ni en sueños ha llegado a formular nadie la idea de resucitar el pasado.

No cabe duda de que una de las consecuencias de la última conmoción ha sido fortificar los sentimientos nacionales. Pero esto, lejos de marcar una reacción, anuncia un progreso. A medida que la nación se ha hecho democrática, la democracia se ha hecho nacional. Y los tronos caídos, la substitución casi general de las antiguas casas reinantes por repúblicas avanzadas, algunas de las cuales van más allá de nuestras propias convicciones, está diciendo a voces que si la conflagración ha tenido una filosofía, es la que marca el advenimiento del pueblo y el triunfo del sufragio universal.

### Los sofismas engañosos

Fulminar contra el Parlamentarismo, cuya falta de eficacia consterna a los partidarios del golpe de estado, es partir de una base inconsistente. Claro está que el régimen parlamentario no es perfecto. Pero, ¿lo fué acaso el absolutismo? ¿Lo fueron las dictaduras que escalonan en la historia sus eslabones de sangre? Los errores del Parlamentarismo—que sintetiza la presencia constante en el gobierno de

la voluntad colectiva—son rectificadas siempre por la masa electora, ¿Quién rectificará, en cambio, los errores de los déspotas, que quedan invariablemente impunes, y fueron a menudo punto de partida para empecinamientos y persecuciones que ahogaron a los pueblos bajo el silencio y el terror?

También se ha invocado injustamente la incapacidad de nuestras democracias, olvidando que dieron prueba, desde los orígenes, de especial clarividencia. Pero aun admitiendo que la democracia latinoamericana carezca de educación política, no se probará, como consecuencia de ello, que hayan alcanzado esa educación política los que aspiran a erigirse en tutores por derecho divino. Entre nosotros, los que han dejado siempre más que desear han sido los gobernantes. No es ensanchando sus atribuciones como aumentaremos sus capacidades. Y en lo que se refiere al pueblo, tan duramente juzgado por los censores, más fácil será lograr su perfeccionamiento con ayuda de la democracia, que está interesada en servirlo, que a la sombra de los dictadores, cuya preocupación eterna fué perpetuar la ignorancia para dominar.

En cuanto al bien supremo de la colectividad—que se invoca indeterminadamente, como si volvieran los sacrificios de los tiempos bárbaros y fuera necesario desarmar a los dioses adversos inmolando las libertades—no hay razón atendible que haga depender la vitalidad de nuestros países de una mutilación de la voluntad popular.

Cuantos forman parte de un conjunto, están interesados en su grandeza. Y lo que exige la prosperidad de nuestras colectividades, no es el gobierno de unos pocos, que demasiado se ha prolongado, con ayuda de los peores expedientes, sino la franca realización de lo que las Constituciones anunciaron, la sana igualdad que no ha llegado aún, y contra cuyo cercano advenimiento quieren levantarse las minorías para retardar la evolución inevitable.

### La misión de la juventud

La juventud debe pronunciarse contra todo lo arbitrario, contra todo lo que marque imposición personal o de núcleo, contra todo lo que falsee las inspiraciones y el punto de partida de nuestra vida institucional. La América Latina sólo se engrandecerá, dentro del marco cada vez más moderno, cada vez más generoso de los debates a plena luz. Y cuanto tienda a cercenar las atribuciones de los Parlamentos, a reducir el campo de acción de la prensa, a limitar la espontaneidad de la palabra, a oprimir el pensamiento, a arrebatarse, en fin, el cetro a las mayorías, para depositarlo en manos de una casta, de una clase, o de un individuo, debe ser considerado como nocivo para la patria, para la raza y para la humanidad.

Desde el punto de vista de la evolución interior, como desde el punto de vista de las consecuencias internacionales, sería fatal para el Nuevo Mundo toda tentativa de cesarismo, civil o militar. La felicidad de cada entidad independiente, y la fraternidad entre todas ellas, depende de la fidelidad a los principios republicanos. Levantemos cada vez con mayor brío la bandera nacional. Defendamos de todo corazón a la patria. Pero no la defendamos con armas viejas